

propio de la vida social y económica. Las tendencias marxistas, por su parte, también lanzan ataques. El marxismo se acomoda mal a las ficciones. Acaso por esto mismo —dice el autor— el marxismo no ha tenido en las civilizaciones occidentales (estructuradas jurídicamente) un desarrollo análogo al conseguido en la Europa oriental y Asia.

El espíritu jurídico ha dado estabilidad a Europa. Estabilidad que se apoya, precisamente, en una segunda vertiente a veces olvidada: porque no es solamente *esprit de discrimination* —según apuntamos arriba—, sino que garantiza una estructura de ponderación y equilibrio abierta a la fe en ciertos principios en sí inmutables.—MANUEL JIMÉNEZ DE PARGA.

KROEBER (A. L.): *The delimitation of Civilizations*, en «Journal of the History of Ideas», vol. XIV, núm. 2, abril 1953 (págs. 264-275).

El problema de determinación de las civilizaciones se ha puesto de relieve en las obras de Danilevsky, Splenger y Toynbee. Ahora el antropólogo Kroeber se lo plantea desde su punto de vista. Para el historiador, las civilizaciones son segmentos amplios y algunas veces vagos de la totalidad de los acontecimientos históricos, cuya determinación es conveniente y cuyas cualidades son difíciles de determinar. Para los teóricos de la cultura, las civilizaciones son segmentos de la totalidad de la historia humana que se caracterizan por productos, formas e influencias duraderas en el modo de actuar de las sociedades humanas. Las civilizaciones se diferencian entre sí para los teóricos de la cultura por criterios particulares: bien geográficamente, bien según las épocas, bien según lenguas, religión, gobierno, etc. El autor se plantea el problema de determinar criterios históricos y morfológicos para distinguir las distintas civilizaciones. Los criterios fundamentales según él son: 1.º Discontinuidad en el espacio o en el tiempo. Cuando una civilización termina antes que otra comienza, la separación es bien clara. También cuando una civilización está muy separada de otra geográficamente. El problema comienza cuando las civilizaciones son continuas, contiguas o ambas cosas a la vez. Esto

manifiesta que es necesario otro criterio además del espacio y del tiempo. El segundo criterio es el lenguaje. Las distintas civilizaciones poseen regularmente distinto lenguaje. El lenguaje cambia con el tiempo y en la duración de las civilizaciones; pero lo cierto es que cuando el lenguaje se diferencia en tal forma que no cabe comprensión entre dos civilizaciones, hay menos capacidad de interés, influencia y asimilación. Como tercer criterio, la religión; una religión institucionalizada o codificada tendrá que acompañar a cada una de las grandes civilizaciones. También aquí hay que precisar matices. Las antiguas civilizaciones orientales no tuvieron tal religión institucionalizada. El culto fué local. Pero el hecho general es indudable. El autor se enfrenta respecto a este punto con las teorías de Toynbee y Splenger. Como cuarto factor está el desenvolvimiento político y militar. Una determinada idea de mando, dominación o preeminencia está unida con cada civilización. La sucesión de las civilizaciones suele ser una sucesión de imperios, aunque no pueda establecerse de una manera segura la correlación entre el grado de poder y el grado de las civilizaciones creadoras, pues a veces se da uno sin el otro y a la inversa. El quinto factor es el factor económico y técnico. Una gran civilización puede difícilmente desarrollarse sin una cierta reserva económica. Esto se advierte muy claro en las llamadas sociedades primitivas. La dificultad real de estudiar la economía como factor de las civilizaciones es principalmente una dificultad práctica por no tener datos exactos respecto a la cuantía de riqueza en muchas épocas. Respecto a la tecnología, el problema es distinto. Si no se pueden marcar correlaciones profundas entre los descubrimientos técnicos y el grado de las civilizaciones es porque los descubrimientos técnicos se extienden muy fácilmente y se convierten en internacionales. Consecuentemente, sólo pueden ser usados con reserva para determinar una civilización particular. Los factores que el autor cree que indican más exactamente las civilizaciones son las actividades que poseen estilo, esto es, las más creadoras y cualitativas. Entre ellas hay que incluir no sólo las artes, sino también las actividades intelectuales, como filosofía y ciencia, y las más frívolas como la moda. La existencia de un estilo es fundamental en:

una civilización. Con ella se relaciona el sistema de los valores de estas civilizaciones. — ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA.

COLE (G. D. H.): *The Idea of Progress*, en «The British Journal of Sociology», vol. IV, núm. 3, septiembre de 1953, (págs. 266-285).

En profesor Ginsberg, en su interesante ensayo sobre *La idea del progreso*, lo define como «desarrollo o evolución en una dirección que satisface criterios racionales de valor». El progreso, pues, es un cambio para mejorar, pero cambio que implica continuidad.

El ensayo del profesor Ginsberg se refiere al «progreso» en un sentido particular o, más bien, en el más general de los sentidos que pueden atribuírsele. Se ocupa del progreso de la Humanidad manifestado en la Historia Universal y pasa revista a las ideas de todos los grandes sociólogos que, desde Turgot a nuestros días, han afirmado la existencia de una tendencia en la raza humana a mejorar su condición general y han profetizado su avance futuro.

Fué común al grupo entero de los optimistas que han dejado su huella en el pensamiento social de los siglos XIX y XX, la profunda creencia en la virtud salvadora del conocimiento. Estaban convencidos, no ya de que el conocimiento era bueno en sí mismo y satisfacía un deseo humano hondamente arraigado, sino de que su avance habría de producir efectos beneficiosos. No hay que olvidar que escribían de una época en que los descubrimientos y las innovaciones técnicas, en el campo de la naturaleza, hacían esperar que los mismos métodos podrían ser adaptados a las «ciencias sociales» que, rescatadas de los interminables conflictos de la especulación metafísica, se presentarían sobre la base firme del descubrimiento de las «leyes sociales».

La libre comunicación de las ideas hacía posible pensar que nunca más habría de acontecer que el oscurantismo y los privilegios impidieran que la educación se convirtiera en una fuente de verdad y no en un medio de adoctrinamiento de las inveteradas supersticiones y creencias, convenientes a los intereses adquiridos del privilegio y de la opresión. Además, al ganar en ciencia, los hombres crecerían también en

virtud y en estatura moral, porque las malas acciones, según ellos, más eran consecuencia de la ignorancia que de las malas intenciones.

La creencia en la certidumbre del progreso humano existe en todas las filosofías de la Ilustración —de Kant a Condorcet— y de ellas pasó al siglo XIX reapareciendo de muchas formas en las filosofías de Hegel, Saint-Simón, Comte, Marx, Herbert Spencer y otros muchos teóricos sociales. Todos coincidían en que existía una «ley» de progreso que actuaba en la Historia humana y conducía a la humanidad a su culminación, a una racionalidad superior, que sería también en determinado sentido ético un modo *mejor* de organizar los asuntos comunes de los hombres. La naturaleza de esta «ley» era diversa para cada uno de ellos. Todos también, como apunta el profesor Ginsberg, coincidían en la idea de unidad o de unificación: una razón, un bien, una naturaleza humana fundamental y un medio de realizar su potencialidad total.

Históricamente, este modo de aproximarse al problema desde el ángulo de un destino de la humanidad, está estrechamente vinculado a la idea de la paternidad de Dios. La noción de que el hombre tiene un destino que cumplir, está históricamente asociada con la de que el mundo es el lugar donde se realizan los designios divinos, y el progreso de la humanidad es, por ende, el despliegue de la voluntad de Dios sobre la tierra y no se ve afectado por los defectos de la naturaleza humana, lo que hace posible una sociología optimista a la vez que una psicología pesimista.

¿Qué sucede a esta doctrina al desaparecer la concepción de la influencia omnipotente de Dios? Que se presentan tres alternativas. O invocar a otro agente que sustituya la actuación del *deus ex machina* anterior, o buscar apoyo en una psicología más optimista, lo que supone la capacidad de la humanidad para progresar por sí misma sin intervención divina, o buscar fundamento al optimismo no en la naturaleza de los individuos, sino en el carácter de las relaciones sociales en que se desenvuelven, considerando, en definitiva, a la sociedad más que al individuo, como capaz de bien. Marx y sus seguidores e ligieron la primera, pero, cronológicamente antes, Godwin y otros propugnaron la segunda, identificando el egoís-